LA BARAJA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

33650

La baraja.

Cansada de la perorata, cerró el pico la oradora, mientras en la sala estallaban gritos y aplausos que el alcohol enardecía; ella, una Luisa Michel de feria, enjuta, amojamada y desagradable, ajustaba, en tanto, el empinado zorongo y pedía con voz hombruna la copita de ajenjo... Poco á poco, el auditorio se calmaba; las manos revolvían fichas sobre el mármol de las mesas, los vasos se llenaban de nuevo, las pipas obscurecían la luz de los quinqués, y de aquel chaparrón de frases airadas parecía no quedar ya rastro, acostumbrados los oídos á la misma pedrea declamatoria, á la misma explosión de argumentos que la envidia, el despecho y la impotencia provocan en cerebros desequilibrados.

¡Hierro y dinamita contra el poderoso, el rico, el feliz! Destruyámoslo todo y sobre estas ruinas reedifiquemos el mundo á nuestro paladar, guardando para nos la mejor parte. ¿Es justo que haya ricos y pobres? ¿que unos padezcan hambre,

UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

mientras otros se regodean? ¿que ande todo tan mal repartido, peor dispuesto y pésimamente administrado? ¡Venga una bomba, alcancen ustedes una tea, y viva la chamusquina! rociemos con sangre ajena esta tierra maldita, abonémosla con los cuerpos destrozados de los burgueses, y veremos brotar, como la hierba en los prados, el trigo, que no hemos sembrado; la fortuna, que no hemos trabajado; la felicidad, que no hemos cultivado. ¡Viva la anarquía! y arramblar con todo, dejándolo más raso que la palma de la mano. Lo que no nos dió la suerte, ni supo adquirirlo el ingenio, ni buscarlo el brazo robusto, ni merecerlo el corazón honrado, que la destrucción y la muerte nos lo faciliten. Tenemos ansia, no de justicia, sino de oro, de manjares, de placeres. Pronto sonará la hora del deseado gaudeamus. Entretanto, ¡guerra! de asechanza, de traición, en la sombra y por la espalda; atacar á la inocencia misma, herir á la propia debilidad, huir del esforzado y del esbirro; ¡como los ogros de las leyendas, alimentémonos de niños al natural y con sangre caliente apaguemos nuestra sed, que así, y no con teorías ñoñas, se regenera á la humanidad!...

Ahora la furia gustaba el venenoso licor, completamente calmada; de sus espasmos de pitonisa no quedábale más que el chispear de los ojillos felinos. Y mientras, apoyada en la improvisada tribuna,

pantera en reposo, sobre los concurrentes esparcía la mirada observadora, un mocetón de la mesa más próxima la gritó:

—¡Bravo, abuela! ¡viva el amor libre!

Ella sonreía, mostrando las encías desdentadas, de mujer que ha mordido el fruto prohibido con gula mayor que en atiborrarse de ideas libertadoras; y respondiendo al convite de echar una mano de tute, bajó y se acercó á la mesa; hiciéronla sitio los tres hombres, y al mozo paliducho y de femenil aspecto que detrás del mostrador repasaba los vasos pidieron naipes con voces y palmadas.

Pero, ya un nuevo orador ocupaba la tribuna y disparaba la gruesa artillería de amenazas, sarcasmos, invectivas é himnos de muerte: no más religión, no más clases, no más leyes, no más gobiernos... El rumor de fichas se acallaba, por escuchar mejor el palabreo epiléptico del poseso; algunos desconfiados, sin perder sílaba, echaban hacia la puerta ojeadas vigilantes, prontos á dar la señal convenida si acaso la autoridad mostrara la punta de la nariz. El efebo de la taberna, Ganimedes con pantalones estrechos y mandil de lienzo muy ceñido, los ojazos socavados por viciosas ojeras, de mesa en mesa se escurría sirviendo á los parroquianos, y entre pellizcos, chanzas y cuchufletas, escanciaba los mil menjurjes que la intemperancia ha inventado; de modo que, por boca, narices y oídos, con los licores, el tufo y los

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
MONTERREY, MEXICO

discursos, los concurrentes á la sentina envenenaban el cuerpo y el alma.

Las voces de los tres compañeros atrajeron al mozalbete á la mesa en que la furia apuraba las heces del ajenjo, y cumplió el reiterado pedido entregando el mazo de cartas; quiso escapar luego, pero uno de ellos, que en un periquete verificado había la cuenta de la sobada baraja, le retuvo por la manga:

—Oye, pimpollo, no está completa, ¿sabes?

—Pues, ¿qué falta?—dijo él plantando la servilleta bajo el sobaco.

—Poca cosa, hijo; las cartas principales, nada más.

El joven enarboló la servilleta como un pendón, é imponiendo gravedad á su voz de tiple, contestó:

—¡Como que es una baraja anarquista!...

Y el jovenzuelo se inclinó sobre los tres hombres y la furia, que le interrogaban.

—¡Claro está—repuso,—una baraja anarquista! ¿qué cartas son las que faltan? los ases, los reyes y los caballeros, los representantes del poder y del dinero, los opresores, los tiranos, los verdugos del pueblo: esta mañana les he cortado la cabeza de cartón; ¡día vendrá en que lo haremos en carne viva!... no he dejado sino los peones los que nos representan á nosotros, ¡los oprimidos! ¿qué tal? ¿no es esto lo que vosotros enseñáis? mejor discípulo que yo... ¡A mí con señorones y prerrogativas

Fuése, llamado por el repique de una cucharilla, y los tres hombres y la vieja se miraban, preocupados y corridos.

—El caso es que no podemos jugar—dijo uno.

—Claro, sin ases...—observó el otro.

—Y sin reyes ni caballeros...—advirtió el tercero.

La mujer, afirmando el zorongo, dijo al fin entre las encías, que no entre dientes, porque no los tenía:

—¡Una baraja incompleta! ¡qué tute ni qué cuerno!

No pidieron otra, sin embargo. El orador seguía aullando, voltejeando el efebo en torno de las mesas, las manos revolviendo fichas y los ojos vigilando las puertas... Pero la furia y sus tres compañeros no chistaban, ni parecían ver ó escuchar siquiera. ¡Acaso, en el fondo de la negra conciencia la razón les murmuraba que si no se puede echar una mano de tute sin ases, reyes y caballeros, sin religión, sin ley y sin gobierno es también imposible el concierto de las sociedades!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

EL MILAGRO DE LA SALETA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" 25 MONTERREY, MEXICO

El milagro de la Saleta.

Esto que voy á contar no lo he visto yo (pues los milagros son más para contados que para vistos); me lo refirió Rosita la pelinegra, y fué de la siguiente manera, punto por punto:

La abuela Cándida estaba muy mala, hacía la mar de años, á causa del reúma que no la dejaba menear de la cama; tan grave, que apenas si podía tirar de la campanita que para sus menesteres la habían puesto, cuando se quedaba sola. Era preciso darla de comer en la boca, como á los chicos, volverla y cambiarla, lo mismito que á cuerpo muerto. El médico del pueblo no tenía ya remedios en su botiquín que la sirvieran; los curanderos de mayor fama habían agotado sus enjundias, salivas y manipulaciones portentosas. ¡Pobre abuela Cándida! el dinguilindín de su campanita lastimaba los oídos y el corazón de cuantos lo escuchaban: su hija viuda, Paca la gorda, su nieto, el zanquilargo Andrés y la pelinegra Rosa, que, desde que abrió los ojos, vió á la vieja tullida sin esperanza de levantarse más.

UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Pues, un día vino la vecina de enfrente, Ruperta, la sacristana, y anunció que acababa de llegar un dominico de no sé qué tierras y traía lo menos, lo menos, un barril de agua pura de la Saleta milagrosa.

—¡Alabado sea Dios!—exclamó Paca,—que así acabarán todas las enfermedades: buen chasco para el médico, el boticario y el sepulturero.

Y Ruperta, la sacristana, refirió tales maravillas de aquella agua, que era cosa de pasmarse: ya eran cojos, que veían; ciegos, que hablaban; mudos, que andaban; mancos, que oían... en fin, lo incurable y lo imposible remediado de súbito; sólo con beber de ella una dedada y creer firmemente en su eficacia divina, cátate bueno y sano. Oyó la abuela la extraordinaria relación, y ¡dinguilindín! llamó con la campanita.

—Anda, Rosa, hija mía, y pide al padre dominico que te dé una limosna del agua milagrosa, que me levantará de esta cama y sanará por la intercesión de la Saleta, mi señora.

Fué á escape la chica y encontró al reverendo paseando en el huerto con el señor cura. Ahora bien: lo que la sacristana dijo respecto á la cantidad de líquido importado era abultamiento noticieril, del que padecen todos, aun los que no escriben en los papeles; porque no trajo el padre semejante barril, ni botella siquiera, sino una redomita pequeña menos grande

que el puño, casi vacía ya del pordiosear devoto de los vecinos. Pero, como era hombre listo, por aquello de que la fe curó á Marta, y no el palo de la barca, agotada ó poco menos la provisión de agua santa, no tenía escrúpulo en distribuir la vulgar de la fuente bendiciéndola con dos manotadas. Dió, pues, á la pedigüeña una poca de ésta en un cacharro de vidrio, y con ella volvió á casa Rosita más contenta, como que llevaba en las manos la salud de la abuela.

Cual la lechera de la fábula, iba por aquellos campos haciendo cuentas galanas. Veía á la abuela andar por su pie, vestirse sola, enhebrar la aguja, ir á misa y salir de paseo, todo gracias á la acción sobrenatural de aquel claro y precioso líquido que, dando lamiditas á los bordes de la vasija, parecía querer escapar y derramarse. Rosita no quitaba ojo, cuidando de que no se derramara una gota, y muy formal y pausadamente caminaba, á pesar de sus alegres pensamientos. Pero, sabido es que por donde va la hermosura ó la inocencia, el diablo va de ronda, y miren ustedes cómo á lo mejor metió la cola, sin duda intencionalmente, é hizo caer á la muchacha...

¡Dios mío! ¡qué pena, qué desconsuelo y qué llanto! el cacharro vacío y el agua vertida en la tierra, que la bebió de un sorbo para hacer el milagro, que á diario realiza la santa Naturaleza sin que la in-

UNIVERSITARIA
MONTERREY, MEXICO

diferencia se percate del prodigio, de remojar una semillita que los pájaros dejaron en el surco, y transformarla en menudos tallos cuajados de savia, en hojas de verde seda y en espigas de oro. Sentada á la orilla del camino, la rapaza afligida dudaba si tornar á la huerta donde el dominico paseaba con el señor cura, y contarle el percance, ó entrar en su casa diciendo que el divino manantial se había secado. Fué éste momento angustioso para la pobrecilla, en que la mentira, madrina de la infancia, la ofreció todas sus artimañas para salir del apuro; y quizá el enemigo, que no andaba lejos, riéndose de su hazaña, la sugirió también la más perversa de ellas, ya que la responsabilidad de las propias acciones gusten los niños y los grandes de echarla sobre los hombros del vecino.

Lo cierto es que cuando más embebecida en su desgracia estaba Rosita, oyó alegre murmurio de fuente que desde la enramada próxima parecia llamarla, y la muchacha saltó al punto, recogió sin vacilar su cacharro, llegó á la fuente, lo llenó y con el mismo cuidado de antes marchó para su casa.

Al poner los pies en el umbral, sonaba el dinguilindín de la abuelita.

—Rosa, hija mía, ¿estás ahí?

—Aquí estoy, abuela, y la traigo un litro lo menos del agua milagrosa.

Acudieron, muertos de curiosidad, Paca

la gorda, el zanquilargo Andrés, Ruperta la sacristana y muchos vecinos, y todos metían los ojos en la vasija para descubrir las cosas portentosas que, según se aseguraba, debían de verse al través del líquido cristal.

—Quiten ustedes, que harán que la derrame—protestó la portadora;—dice el padre que eso no lo puede gozar sino quien ha de tomarla, si está en gracia.

Siguieron á la mentirosa todos, en respetuoso cortejo; la abuela, enajenada, bebió lo que quiso y se quedó sobre la almohada como presa de un éxtasis ó de un desmayo. Preguntáronla si veía algo, y ella contestó que á una dama blanca, con una cruz y un cáliz y una venda en los ojos. Preguntáronla si sentía algo, y la abuela contestó que una comezón en las piernas, á la manera de suaves pellizcos. La dejaron medrosos y se alejaron todos de puntillas; Rosa, tan confusa y asustada ya de la superchería, que se acostó sin cenar, y en su camastro se pasó la noche rezando para que Dios la perdonara su feo pecado.

No sonó el dinguilindín de la abuela en toda la noche. Al alba sintió Rosita unos pasos que no conocía, que no eran ni los de su madre ni los de Andrés, y pensó que venía el diablo á llevársela por embustera y trapalona. Se arrebujó entre las sábanas y sin respirar ni moverse estuvo buen rato, sudando de miedo, hasta que oyó abrir su puerta y una voz que la llamaba:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

—¡Rosa, Rosita!

¡Era la voz de la abuela, era la abuela misma, que entraba en su alcoba y acercaba á ella su carita rugosa para besarla; la abuela, que andaba sola; la abuela, que acababa de recobrar su salud con el agua de la Saleta!

Espantada, Rosita no quería creerlo... La nueva alborotó la casa, alborotó el pueblo, alborotó el contorno. Todos deseaban ver á la abuela Cándida. Y el domingo siguiente la llevaron en triunfo á la iglesia, celebrándose una función con mucho incienso y campaneo.

Y ésta es la hora que la pelinegra Rosita no se ha explicado aún lo acaecido. Porque el milagro se hizo, ¡vaya!, digan lo que quieran los incrédulos y cuantos sabios en el mundo son.

DIOS DA TURRÓN...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Dios da turrón...

te

Del gran puerto bonaerense salieron embarcados los recién casados en uno de esos trasatlánticos que de atroces asustan y parecen ciudades, y aunque la travesía es larga, no tuvieron ocasión de aburrirse, ¡porque venían más ocupados! en mirarse como tontos, en besarse por todos los rincones, y en pensar y en decírselo, con la boca revenida de miel, que Dios había hecho cosa tan sublime como el amor exclusivamente para ellos: tan cierto es que el exceso de felicidad anubla el entendimiento y vuelve de capirote al más listo. Pero, como hay tiempo para todo, y más para el que sabe aprovecharlo, en los intervalos, apoyados sobre la borda ó sentados bajo la toldilla, mientras el aire salino les acariciaba á la manera del rústico que quiere agasajar con franqueza rayana en grosería, entretenían se ambos en tejer ensueños, en echar sobre la endeble base del deseo los cimientos del hogar futuro en que habían de aislarse para gozar mejor del bien con-

UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

quistado: él quería que fuese una casa con jardín inmenso como una selva, donde pudieran perderse y andar como los pastorcitos de las églogas, y junto á la cual tuviera la fábrica, que no debe estar reñida la realidad con la poesía; ella optaba por asentarla en el pico inaccesible de una montaña, donde la mirada humana no les molestara, con torrecillas y almenas, como las fortalezas, un lago de un costado, el mar abierto del otro y empenachada de nubes.

Él la quería en Francia, la refinada; ella, en Italia, la pintoresca; ó ya, mudando de capricho, en Alemania, la romántica; en Inglaterra, la nebulosa, y en los Andes ó en las pampas de la patria. Al cabo perdían pie, y muy seriamente pensaban si no fuera mejor edificarla en el seno de aquel mar, toda de topacios, esmeraldas y diamantes, ó allá arriba, bajo la cúpula del espléndido cielo americano, con la Cruz del Sur por remate.

En cada puerto creían ver uno y otro la ideal morada, irguiéndose entre el verdor de la orilla ó el azulear de la altura, y convenían en que no era ésa ni aquélla; la suya, la propia era otra, y seguían acopiando materiales para construirla, plantando arbolitos, trazando caminitos; ¡y cuánto adelantaba la obra, puestos de acuerdo los dos arquitectos! ¡qué hermosa parecía y qué magnífica! como hecha á expensas de la imaginación, que es tesoro

que no se agota tan presto como el bolsillo.

Pues, señor: se acabó la travesía, desembarcando mi gentil pareja en la ciudad italiana que muy justamente llaman de apodo la *Soberbia* y la *Marmórea*, y la curiosidad les llevó de zarandillo, subiendo cuestas y bajando cuestas, aquí te muestro una iglesia, allí te enseño un museo, acullá un palacio, más lejos un cementerio y todo lo que los viajeros han de visitar si tienen piernas; mas los pobrecillos (dígase con la promesa de no divulgar el secreto), en achaques de arte no presumían de eruditos, y sacaban de tales andanzas caliente la cabeza y los pies molidos. Sonreía la primavera, estación deliciosa en que la juventud y el amor gustan de retozar por la campiña de bracero, y á vejeces arqueológicas, que huelen mal, y á cuadros respetables de muy respetables autores preferían ellos el aire, el sol, el cielo, el mar, las estrellas y las flores, la obra magnífica de Dios, á quien todos admiran y comprenden.

Dejaron, pues, á la curiosidad, su guía fastidioso, y *tris, tras*, en un carricoche alquilón se marcharon adonde les dijeron que encontrarían lo que buscaban, que no estaba en los antípodas, sino tan cerca que en breve dieron con una verja muy suntuosa y un estirado señor, que ó era portero ó ministro, el cual amablemente consintió en que pasaran. ¡Oh sorpresa!

UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Aquélla, sí, era la suya, la propia, la única, la mansión soñada, nido ideal de su ventura. ¡Oh maravilla! Algún mago astuto, sin duda, les robó, mientras dormían, el plano fantástico y por los aires le trajo hasta la orilla, realizando en una noche cuanto ellos imaginaron, cosa fácil para ese mago que llaman Trabajo.

La misma casa blanca, escondida entre la fronda; las mismas veredas serpentinas al través del jardín; el cenador misterioso en un altozano; las fuentes lloronas; el lago con sus barquillas; la gruta azul de artificio, que figuraba en pequeño la famosa de Capri..., y árboles y plantas raras de todos los climas, el café, el algodonero, el alcanfor, cuyas hojas despiden el olor característico á poco de apañuscarlas. Y animales, todos los domésticos, todos los que se han sometido al hombre y son sus amigos, útiles ó hermosos. Junto á lo necesario lo bello, junto á lo bello lo ingenioso, como los juegos de agua que sorprenden y remojan, y la higiene y el arte en maridaje estrecho reinando en paz á la sombra de la cruz de la capilla gótica, frente al mar tendido en anfiteatro.

¡Ay! Mi parejita abría tamaño ojo y suspiraba. Sobre el césped, al borde de las fuentes, en la penumbra de la gruta, entre las flores y las mariposas, parecía revolotear el amor con sus alitas de gasa. Aquel paraíso era el templo del amor. ¿Verdad, señor ministro ó señor portero?

¿verdad que aquí pasan su luna de miel algunos novios regios?

Ella hacía la pregunta, bajando la cabecita rubia con despecho. Y el estirado señor se dignaba dar informes: el propietario era marqués, un marqués riquísimo... ¡Rico y marqués!... ¡Qué feliz debía de ser! Mucho, mucho más que ellos todavía. ¿Era casado? ¿era soltero? ¿joven? ¿viejo? Pero el personaje no contestaba ya, por discreción ó por sordera. Ellos pensaban que sí sería joven, ¿cómo no?, y tendría su linda mujercita y su media docena de angelotes graciosos; porque un paraíso sin ángeles, ¿quién lo concibe?

En esto notaron que el personaje se volvía y con gravedad señalaba hacia la casa:

—El señor marqués.

Y vieron que, sentado bajo el corredor, estaba un anciano, muy pulcro y muy tieso, de sombrero de paja, chaqueta de seda amarilla y un grueso bastón en la mano; miraba al mar con fijeza extraordinaria, y en medio de la alegría primaveral que le rodeaba, él solo se mostraba triste, profundamente triste, amarga representación de lo pasado, dolor viviente, nota de invierno que sombreaba el cuadro. Los que acercándose venían y le contemplaban, se detuvieron en el camino, y él siguió mirando al mar, como petrificado: aquel paraíso, del que él era dueño, no tenía para él encantos ni colores, é inútilmente la

UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" 325 MONTERREY, MEXICO

naturaleza, el arte y la fortuna se empeñaban en distraerle y consolarle.

Pasaban los otros y saludaron respetuosamente, y él no se movió tampoco; siguió mirando al mar, siempre fijo, indiferente al espectáculo de la vida.

La parejita envidiosa comprendió entonces, aterrada...

¡Era ciego!

CARRASQUILLO

UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Carrasquillo.

Carrascón, el padre de Carrasquillo, estaba desesperado. ¡Que un muchachote robusto y hermoso como aquél, listo, ágil y buenazo hasta dar en los límites de la mansedumbre, bachiller al igual que su homónimo cervantino, y sabiendo de todo más que un libro cerrado, dejárase dominar de la pereza, que atrofiaba su voluntad, y en la molicie fuera gastando cuarto tras cuarto el haber de su madre difunta, la Carrasca! Y en tontunas nada más: con la barajita y el dominó y el tute de copas y la discusión política y el toreo de afición, que le tenía tan achulado que no se sacaba partido de él. Proporciones ventajosas para casarse se le brindaron varias á Carrasquillo, de mozas guapas y bien acondicionadas; pero él que no, y á la taberna ó al capeo de reses, con su chaquetilla corta, el pantalón muy justo y el cordobés sobre los ojos, encendiendo de amor los corazones femeninos que le salían al encuentro, como fósforo que á la pólvora se juntase.

Pensaba Carrascón, y pensaba bien (que

UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

era hombre sesudo y cabal), que mientras no pasara á vicios mayores sería relativamente fácil curar á Carrasquillo de este sarampión juvenil en que caían todos los del pueblo, más ó menos gravemente, y que si no se acudía á tiempo, no digo yo el haber de la Carrasca, sino el de toda la carrasqueña familia se iría en cuernos y copas. Y Carrascón se tiraba de los pelos (que los tenía muy largos y recios) cada vez más desesperado.

Entretanto, como esto no parecía remedio apropiado para sanar al muchacho, con amaños y socaliñas llevóle á la consulta de un médico, como extranjero muy sabio, famoso porque decía las más graciosas verdades del mundo con tal frescura, que escuchar una de ellas y sentir la impresión de una coz era todo á un tiempo, y no había más que reirse y rascarse.

Examinó profundamente el sabio al chulillo, le metió las gafas por todos lados y soltó la coz científica en esta forma: «Raza degenerada. Depresión cerebral, de la que el corte del cabello, la cintura ceñida y la caída del sombrero son síntomas inconfundibles. Inútil para el trabajo. O cambia de vida y de ropa, ó muere en corto plazo», dijo, y cobró sus buenos duros en moneda de su tierra, que pesa más. Los otros se volvieron furiosos: Carrascón, por aquello de la raza, que se le figuraba un insulto á todos los Carrascos, familia honradísima, valiente y laboriosa, algo venida á menos,

pero emparentada de lejos con reyes y señalada ya en las historias en tiempos que los paisanos del sabio andaban á cuatro patas; y Carrasquillo, por el bromazo del padre y la desvergüenza del viejo, que así le había tratado, sin respeto á sus tufos.

Y ocurrió que se engolfó más en la chulería, cayendo en garras de usureros las mejores parcelas de tierra de su haber. Se pasaba la noche en la taberna; y cuando los pájaros madrugadores convidan al trabajo, y el sol, amigo de la gente honesta, doraba la flecha del campanario, marchaba á tumbarse á su casa, donde á pierna suelta santificaba los días que no eran festivos, que éstos y los domingos, ya se sabía, Carrasquillo en la plaza, muerto de gusto con el despanzurrar de los pencos, y ebrio de sangre hasta el delirio. Llegó á tanto su desatino, que con cuatro gandules de su especie formó una comparsa, mandó que le hicieran un traje de luces, y en la primera corrida de becerros organizada su triunfo fué tan grande, que el eco de los aplausos dejó sordos á muchos vecinos, y aún perdura en los carrasqueños anales.

Mientras él ocupaba así su tiempo precioso, los usureros no perdían el suyo, y hacían mangas y capirotes del campo, que era de labor y de mucho rendimiento. Carrascón, que les espiaba, daba voces paternales, y de tanto vocear él y tanto abusar los otros, se armó un zipizape en la ta-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

berna, donde el más contundente estacazo derribó á Carrasquillo hecho una pelota.

La mata cabelluda de Carrascón era abundante, felizmente, y á ella se prendió mi hombre, clamando justicia. Tenía el pobre Carrasquillo una raja en la cabeza, en la que cabía holgadamente la mano, estropeadas las narices y desconcertados varios huesos, por lo cual todos creyeron que si no se le acababa la vida, perdería seguramente el poco seso que almacenaba. Le sacramentaron y velaron afligidísimos; muchos daban ya el pésame á Carrascón, y éste lloraba á mares, por él y por la parte que á su difunta Carrasca la hubiera tocado en la desgracia.

Pero la juventud, generalmente, no se deja abatir como no sea de alfeñique, y por eso hay quien dice que vengan palos en carnes frescas, los que, aumentando la circulación sanguínea, robustecen y preparan el cuerpo para los golpes de la suerte; esto debe de ser verdad, pues de allí á tres días se levantó Carrasquillo más sano que antes de la paliza, y si de algo dió muestras fué de hambre y no de dolor. Calmado que hubo esta natural impertinencia del estómago, pidió su ropa de diario, la de los domingos y el traje flamante de luces; hizo un lío con todo y lo arrojó al corral por la ventana; vistió un pantalón y una chaqueta del padre, de sus buenos tiempos de labriego, se cortó los tufos, cogió una azada y se marchó al campo que

le quedaba, último resto de su hacienda... Carrascón, que le seguía, le tuvo por rematadamente loco. ¡Y qué decir cuando le vió detenerse en la taberna y con muy compuestas razones exhortar á los de dentro á que dejaran barajas y copas y fueran á dar su sudor á la tierra, que les esperaba amorosa y sedienta! ¡Y qué, cuando delante del pueblo entero consternado, comenzó á manejar la azada, y dando azadonazos se pasó el santo día!

—¡Carrasquillo está loco! ¡Infeliz Carrasquillo!—exclamaban todos en unánime coro.

¡Infeliz Carrasquillo! ¿Quién podía dudar que estaba chiflado, cuando se supo que en la puerta de la plaza colgado había un cartelón que decía en grandes letras: *Escuelas públicas*, y en su aborrecimiento por la fiesta nacional, intentó con las tablas de los tendidos armar bancos, y todo convertirlo en material para la enseñanza, como en tiempo de guerra todo el metal se funde para balas y cañones? Iba por las calles reclutando niños y adultos, lo mismo los vagabundos que los que no lo eran; y por los pueblos, maestros, todos los que quisieran venir, que bien pagados y contentos saldrían. Ciego en su campaña, hacía á todos frente, y brazo á brazo peleaba con la ignorancia, con la pereza, con el vicio, con la miseria, con la rutina, con la plaga entera de males que á él le llevaron hasta ser apaleado y puesto á dos de-

UNIVERSITARIA
NSO REYES"
25 MONTERREY, MEXICO

dos de la muerte; y seguro de vencer, arrollaba cuanto se le oponía.

Carrascón fué en nueva consulta al sabio de marras, y el sabio le plantó esta coz en mitad del pecho:

—Curado está, si persiste; si cede y vuelve á las andadas, déle usted por muerto.

Lo que no cuenta la historia es si Carrasquillo persistió en su locura y se curó radicalmente. El tiempo lo dirá.

LAS TRES ESMERALDAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO